

Pedro J. Plaza, *Matriz*

Granada: Valparaíso Ediciones, 2023, 112 pp.

(Reseñado por Erica Lacanna, Università di Genova)

La *opera prima* poética del joven doctor, filólogo y escritor alhaurino Pedro J. Plaza González (Málaga, 1996) ha llegado en el año 2023 con *Matriz*, libro ganador del VIII Premio Valparaíso de Poesía. El poemario del director de la editorial El Toro Celeste y colaborador habitual en *Zenda* es un texto liberador de aberrantes situaciones y contenidas emociones de una trágica niñez que marcó la vida del sujeto lírico de manera parecida a una cicatriz. *Matriz* salió en el mes de abril de 2023 y cuenta con cuatro secciones tituladas y veinticuatro poemas ordenados con numeración decreciente, tres en la primera (XXIV, XXIII y XXII) y siete en cada una de las restantes. Asimismo, las tres secciones son iguales y se dividen en tres partes según el esquema tres-uno-tres, que pretende subrayar el poema central, el cuarto.

Cada poema, además de estar señalado por un número romano, lleva la indicación numérica de un año, los cuales van desde la fecha de finalización del libro, 2019 (poema XXIV), al año de nacimiento del autor, 1996 (poema I), y destacan por estar escritos entre corchetes y tachados horizontalmente. A lo largo del texto, se hallan múltiples y diferentes epígrafes a modo de citas: tres encabezan cada una de las cuatro secciones del libro y veinticuatro se anteponen a los propios poemas. El pasado del yo poético se introduce de la misma forma en que se entra en la antesala de los recuerdos y del hogar del niño, pasando paulatinamente de un ambiente a otro, como con un *travelling* cinematográfico de presentación progresiva realizado por medio de los versos.

Como bien se apunta en el prólogo, escrito magistralmente por la profesora Azucena López Cobo, hay unidades temáticas que encuadran las cuatro secciones del poemario y que ayudan al lector a orientarse, sugiriéndole unas etapas vitales relevantes del sujeto lírico hasta el momento de la escritura, las cuales, siguiendo el orden elegido por el autor, son: el yo adulto que encuentra un espacio propio y abandona por completo la infancia; la búsqueda de un lugar en el mundo, una re-

sidencia emocionalmente independiente; la toma de conciencia de la separación de la madre, un espacio vacío y de ausencia; y la infancia en el espacio de la casa familiar y del irreparable intersticio entre el yo poético y la madre. Con una mirada al revés, se descubre el proceso de crecimiento interior del yo, que se aprecia y valora con las indicaciones del epitafio, el epílogo y el epítome para denotar los poemas XXIV, XXIII y XXII, colocados triangularmente al inicio, y remarcar un cierre acorazado.

La relación con la madre es casi inexistente y se expresa con un elemento de significación dual. De la manera que advierte el título y que López Cobo indica en el prólogo, *Matriz* señala el útero en cuanto lugar donde el feto se lleva durante nueve meses, y es símbolo del fracaso de la maternidad, así como entidad generadora de dolor y de destrucción. Los sentimientos del niño que sufrió las conductas de su madre —su ausencia, sus vicios y sus errores— se describen estilísticamente de forma directa, cruda y muy íntima. El verso empleado es el versículo y el léxico se caracteriza por su linearidad, elemento que se observa, también, en la preferencia de oraciones coordinadas y yuxtapuestas. Además, sobresalen figuras retóricas recurrentes como la metonimia y la anáfora, en las cuales se insiste cuando se bosqueja la figura de la madre (XVIII, vv. 1-7):

Mi madre, mi desangelada madre,
no sabe lo que es un beso de amor.

Mi madre, retoño apaleado,
no sabe qué es —en la ternura— una caricia.

Mi madre, muerta aún en vida,
ha olvidado entre sus campos de ampollas
la voluntad, el cariño, la alegría.

El poeta nos sitúa en el espacio de «las grietas» de su infancia: el hogar. El hogar no se describe como caluroso, acogedor y apto para un niño, sino como una versión interna e interior —a excepción de los campos andaluces a los que se alude— del *locus eremus* infeliz, «Una habitación deshabitada», que es el título de la cuarta sección: símbolo de la vida ardua y que marca la crueldad de una mujer y su rechazo. El abandono de la madre del sujeto lírico a temprana edad sitúa los recuerdos en la casa familiar y la convierte en un espacio frío y triste y en una fuente de pena y angustia. La mencionada figura maternal se delinea por sus faltas y se detallan su alexitimia, su carencia de empatía y de responsabilidad; con ella el hijo instaura un diálogo vacío del que sabe que nunca conseguirá respuestas sinceras.

La figura con vínculo de sangre que viene con más fuerza a la memoria del yo poético para suavizar la materia es la amada abuela, citada al principio del poemario y, después, en otra referencia a los abuelos en los poemas finales, amén del poema dedicado al día de su entierro. Es curioso cómo, hoy en día, años más tarde, por lo que se desprende de la «*Tabula gratulatoria*», la familia que Pedro J. Plaza agradece es otra: los amigos y los estrechos lazos de su entorno literario. En definitiva, de este dolor, de este tormento, de estos recuerdos lacerantes, la poesía es el único medio que le permite alejarse completamente «de la crueza, de la maternidad fallida», rescatarse y salvarse. Para concluir, quisiera dar un nuevo sentido a una declaración del año pasado de la poetisa Yamila Greco, que acertadamente resume este concepto de la poesía salvífica en una entrevista: «Mis poemas son lo que fui, tal cual soy. Nacen de la necesidad genuina de formar mi propia familia, ahí, entre las palabras. La poesía me salvó, obligándome a la vida, muchas veces a mi pesar. Es, en consecuencia, la esperanza que jamás busqué».

ERICA LACANNA

Università di Genova

erica.lacanna@edu.unige.it

ORCID code: 0009-0003-7668-8948